

AQUI POESIA

13

MARIA AMELIA
D. de GUERRA

DESDE ANTES DE
LA INFANCIA



Aquí, Poesía

Publicación bimestral

Director:

RUBEN YACOVSKI

Veracierto 1870 ap. 6

Montevideo, Uruguay

Títulos aparecidos

Poesía

Por modo extraño

por Jorge Medina Vidal

Montevideo al Sur

por Juan C. Legido

De este mundo

por Saúl Ibargoyen Islas

Tiempo del padre

por Generoso Medina

SERIE TESTIMONIO

La Tinta Sometida

(Prensa y Sociedad)

por Hernán Píriz

ACABA DE APARECER

Poemas de los diez días

por Enrique Elissalde

Selección de poemas

de Julio J. Casal

Muchacho r,

por Ruben Yacovski

Próximamente

Guitarra de sombra

Por Clara Silva

SERIE TESTIMONIO

Seis pares de zapatos (novela)

por Alfredo Gravina

(2º Premio Inéditos

(C. Departamental)

2906

C. 48, =

DESDE ANTES DE LA INFANCIA

A mi madre.

Aldo A. Negrón

El tiempo de los héroes

I

Estábamos traspasados de delirio
unidos en la alta corva del mediodía
sedientos de ternura y de caricias
como dos nervios vivos engarzados
a un verano tenaz y solitario.
Eramos el principio de las cosas
sobre una tierra húmeda y dormida
mudos en el silencio de la nada,
esperando. Esperando el murmullo
del mar y las tormentas,
el viento entre los árboles,
el graznido de las aves acuáticas,
un mundo ya tocado con huellas en la arena,
marcado con las manos, los pies y las
palabras.

Como si fuera un sueño entre otro sueño
buscábamos el nido
ese rincón suave que creíamos alegre,
sin orden, sin desmayos,
apartando las hojas con tiempo por delante
porque ninguno de los dos sabía

que éramos jóvenes.
Algo nos aguardaba sin embargo,
y eso sí lo sabíamos,
sonaba en el latido continuo
de nuestros corazones
no nos abandonaba
era como una gota de agua sobre una rosa,
era como el rocío de la mañana
una tristeza pura como una isla desierta.

II

Veníamos del silencio profundo de la tierra
en nuestros ojos cabía el infinito
como una red oculta que pasara
sobre el fondo del mar
arrancando los peces a su sueño
y las plantas marinas y los pulpos,
y los restos de cosas que fueron en los barcos,
así era nuestro cuerpo traspasado
por todas las tenebrosas corrientes de la vida.
Caminábamos solos tomados de la mano
alegremente fuertes y confiados
tendidos en la arena mirábamos el cielo
las nubes deslizarse sobre esa gasa azul
rozando nuestros labios apenas
envueltos por el sol del mediodía
cerrábamos los ojos y escuchábamos.
cómo golpeaba el mar sobre las rocas.
Éramos fuertes, sí, como un león en la selva,
rugiendo nuestra gula, nuestro amor,
nuestra furia,

sin el recuerdo hostil que enferma el alma
cada día era nuevo,
completamente nuevo y sin memoria.

III

Era en el tiempo de los pescadores
cuando los hombres salían
con sus frágiles barcos mar afuera
y a veces encontraban la muerte y lo sabían
sabían que se enfrentaban a lo desconocido
al verdadero misterio y sin alardes lo hacían
buscaban las tierras, las costas ignoradas,
las playas en las que nunca hasta entonces
había pisado un hombre.

Era en el tiempo de los mitos,
de los grandes caballos con alas,
de los dioses de mirada profunda
que adivinaban el porvenir
examinando el vuelo de las aves.

En ese mundo vivíamos nosotros
calladamente el uno para el otro
deseándonos en todos los minutos
y como si nos descubriéramos,
por la mañana solían encontrarse nuestros ojos.

A la felicidad no la llamábamos
porque no sabíamos nombrarla
estaba en nuestros labios sin embargo
como el vino espumante en una copa
era un fulgor, un brillo
que nos quemaba el alma.

Teníamos —despacio— tanto tiempo

para andar y caernos, levantarnos,
esperar no sé donde alguna cosa
porque sin esperar es imposible,
con asombro además, como los niños
mirábamos el mundo.

IV

Sabíamos que el porvenir nos aguardaba,
un porvenir sombrío como un canal oscuro
verde y negro de manchas
bajo el fulgor de las estrellas.
Nos aguardaba algo que temíamos
y que indudablemente llegaría
quizá con el recuerdo de alguna madrugada
al despertar temblando y ver la niebla
tendida sobre el campo como una mano blanca.
Todavía no, era temprano,
era en el tiempo de los héroes,
había blancos guijarros pisados por caballos
deshechos entre cascos, rodando
por laderas de verde,
había nubes muy negras cubriendo
todo el cielo
risas de hombres salvajes y nosotros
luchando bajo la lluvia fina
con los pies embarrados
sangrándonos la cara, riéndonos.

A la búsqueda del ayer

Como esos pescadores de playas solitarias
que se inclinan anhelantes sobre la red
graves y ensimismados fumando una pipa
imaginaria,
yo aguardaba el momento que habría de venir
con la memoria desbordada de hechos
acaecidos
a que llegaran todas las palabras
y algo me dictara de adentro ese sonido,
un entrechocarse de espadas en la oscuridad,
una tempestad que golpea a las puertas
de la ciudad
sacudiendo las delgadas persianas.

Como los peces serían las palabras,
vendrían culebreando entre la red
en su escurridiza pugna plateada
por saltarse, por evadirse para siempre
a las enormes aguas sin nombre
y hundirse en ellas con placer
en el ignoto mar inacabable.

Así vendrían todas las palabras del idioma

y cada una con un gran sentido,
encerrando en su interior el significado
que seguramente iría a descubrir originario
con el tiempo.

Por ahora escribiría apresuradamente en los
papeles

en todas direcciones,
luego en las paredes, en los muebles,
en el piso, en el respaldo de las sillas,
con las palabras pugnando por saltarse,
por escaparse para siempre a la nada,
en ese afán de apresarlas todas apenas respirar,
y cuando la corriente se fuera terminando
llamar a ese buen hombre, a esa buena mujer,
hábleme,

hable sin detenerse, con blandura,
abandónese, sumérjase en el miedo,
soy sólo yo que escucho con todos mis sentidos,
no se detenga, siga, no se detenga nunca,
descúbrame el principio del cosmos,
si están acostumbrados,
tienen una memoria portentosa que es como
una linterna

que alumbra hacia atrás,
cada uno de ellos puede encender su propia
linterna

y recoger una mirada del pasado,
aplantar con el pie una hoja seca en el camino
y recordar un crujido de antaño,
algo por demás inmenso
que llena el alma toda de nostalgia y de sueño,
detenerse a tomar una copa en un bar

y ver de pronto el patio de la escuela,
sonreír maliciosos para adentro sin que nadie
los vea,
como locos van grabando en sus caras las
huellas del tiempo,
tienen un rostro, una mirada de los ojos,
una manera de decir buenas tardes,
una risa interior que crece desde adentro
como un murmullo,
a veces un desgano,
parecería al que no los conoce que siempre
fueron seres neutrales.

A mí me gustaría tocarlos en el hombro,
a uno solo de entre ellos, elegir al azar,
a ese hombre embotado, ciudadano de una
ciudad moderna,
que lleva el traje lustroso de tanto cepillarlo
con las solapas raídas y apenas alguna
moneda en el bolsillo,
para pedirle que me ayude a descubrir el pasado
y ver como, tierna y majestuosamente,
entrecierra los ojos para pensar,
y se convierte en otro ser distinto,
en un dragón de fuego, en un loto,
en un profundo manantial.

Por el camino del pasado

A veces van surgiendo sombras que salen de
la nada,
se aproximan, se acercan,
no tienen una forma definida
y sin embargo son reconocibles,
son figuras de antaño, rostros enmohecidos,
traen el olor del pasado,
recuerdan a la huella que se dejó de lado
en el camino,
son innumerables y distintos
pero tampoco podría decirse claramente
cual es la personalidad de cada uno,
porque es como en un sueño,
cuando todo transcurre oscuramente
y uno no sabe bien donde termina la mano,
el pie, y empieza ese susurro en el oído,
es una letanía que fluye de la boca
como un río que corre inagotable,
corre y corre pero no sé su sentido
no puedo comprender qué significa
esa larga tirada de palabras que llenarían

un libro,
y entonces me despierto y miro la ventana
con luz,
comprendo que es de nuevo un nuevo día,
que comienza la vida siempre desde temprano,
me levanto, es apenas una continuación del
sueño,
voy tejiendo los hilos tenues del pasado
con otros del presente y del futuro,
el pensamiento es un largo ovillo,
y así llega la noche,
y estoy una vez más en esta calle estrecha
que me gusta porque es de gente pobre,
y tiene un cine pobre
con unas opulentas cortinas que todos rozan
al pasar
y se vuelven a mirar esa suavidad aterciopelada
o les queda en la mano el recuerdo
de una gran dama en decadencia
que nos mira con una lastimosa sonrisa
y aquí adentro también como en la calle el
sueño continúa,
no hay más que entrar y deslizarse en una
butaca
para sentir que todo continúa,
que solamente la muerte podría detener este
proceso,
si ahora estuviera muerta deshaciéndome
sin que nadie notara nada fuera en el mundo,
sin que nadie llorara ni siquiera supiera
en este mundo de cines y de sueños
de cortinas y manos que se rozan
habrían otras conciencias que registren,

otros oídos escuchando esta musiquita alegre,
otras muchachas caminando otros señores
asombrados
mirando salir fantasmas de la nada
sombras dulces y tambaleantes
envueltos en el olor del pasado.

Antes de

Nosotros estábamos en el tiempo del viejo cine
cuando un tierno señor de bigotes
y una pálida dama se amaban
bajo un brillante sol de primavera
tomados de la punta de los guantes
entre coches tirados por caballos
entre canteros y palomas de tarjeta postal
paseando sus esbeltas figuras de jóvenes fin
de siglo

nosotros estábamos con ellos
sintiendo aquel indefinible mal que los
envolvía

que los iba derrumbando lentamente
como si fueran árboles dormidos que caen
o grandes flores que se deshojan con el viento,
nosotros estábamos también
en la esquina de algún arrabal montevideano
alrededor del año mil novecientos veinte
pensando en la noche, en la nada,
oliendo ese aire dulzón y agresivo
ah qué solos, qué tristes, qué antiguos recuerdos,

yo cierro los ojos y entonces me veo
inclinada, sumida en esa luz gris de las
fotografías.
bajando del tranvía un sábado de tarde
llevando una pequeña cartera en el brazo
enfrentarme a la angustia.

Llega el cartero

Era en el año 1922
en la ciudad de Montevideo
entre las diez y las once de la mañana
cuando pasó el cartero
un joven alegre que tal vez cantaba
al repartir la correspondencia
y caminaba pegado a las paredes
o bajaba a la calle para dar paso a una señora
a lo largo de la calle Colón
esa olorosa y populosa calle
con pequeños comercios y vendedores
ambulantes
de pollos de huevos y torcazas, ¿recuerdas?
de ninguna manera, de ninguna manera
de ninguna manera existías para nadie,
ni siquiera existía tu memoria
porque aun no habías brotado
como brotan las ramas en primavera
estabas como en el invierno de tu historia,
o mejor quizás en el otro mundo
donde todo es posible y sin embargo,
nada se ha realizado

donde el olvido es completo y absoluto olvido
pero me empeño en recordar y sé que pasó
el joven cartero

y tomó el llamador
y descargó con fuerza un solo golpe
y tiró la carta que se deslizó por las baldosas
del zaguán

yo veo el sobre blanco limpio rectangular
y veo a mamá que viene de la cocina
limpiándose las manos en el delantal
a recoger la carta,
era joven entonces era hermosa,
con esa sonrisa suave que aún no ha perdido,
tenía tantas esperanzas,
pero en el fondo sólo acertaba a seguir a mi
padre

en todo cuanto hiciera
aún no sabía cuántos serían sus hijos
ni qué la aguardaría en el futuro quien sabe,
enfermedades largos inviernos fríos privaciones,
pero allí estaba mi padre con su saludable
optimismo

parecía que iba a mover el mundo
con una idea fija ensimismado
apretándose los ojos con el índice y el pulgar
inclinaba hacia adelante la cabeza
llena de fuertes pensamientos
de alocados proyectos, sonriéndose a sí mismo,
y mamá lo miraba como a un genio sin suerte
los dos se detenían de pronto en la ventana
y yo me adelantaba como un navegante a la
deriva
me les aparecía de golpe en esos breves

lúcidos instantes
como un verde espesor de frescura
en la más árida y recalcitrante hora
y en ese momento recogió la carta,
era una tarjeta de su hermano un saludo
desde Mendoza que al final decía:
“un beso a la nenita” y mamá sonriendo
se la llevó a papá a que la leyera
entonces juntos miraron a mi hermana que
jugaba en el patio
y la levantaron para besarla,
se la pasaron uno al otro llenándola de besos
era una hermosa escena como de historia
antigua,
yo sé que nunca se repetirá ese instante,
que ni siquiera podré reencarnarme en otro ser
para mirar de cerca todo lo que pasaba
y escuchar las palabras y entenderlas
impregnarme de esa hora de octubre
entre dos guerras
cuando no había estallado mi corazón a la vida,
el latido de mi sangre estaba sin embargo
en alguna parte
se escucharía desde algún rincón,
desde cualquier parte donde pueda oírse el
viento,
la lluvia, o mirar una gota de rocío,
y desde entonces se conservan en la memoria
ciertos fragmentos
ciertas quejas como pequeñas hojas desgarradas
arrebataadas con furor del árbol
y sin saber porqué aún tiernas llevadas por
el viento.

Infancia

Caminando despacio,
acercándome despreocupadamente sin pensar
en nada,
pero esperando en el fondo algún milagro
como si al doblar la esquina recobrará de
pronto lo perdido,
ayer volví a la calle de mi infancia,
a ese barrio tranquilo que no cambia,
que aún conserva los plátanos bordeando las
aceras
y el paredón grisáceo de la iglesia.

Volví después de mucho tiempo
para mirar de nuevo aquella casa,
el escalón gastado de la puerta,
los postigos oscuros que gemían al cerrarse,
el largo lamparón amarillento
en la pared descascarada y sucia,
y quise tristemente recordarme paseando por
la esquina,
oyendo las campanas entre las mismas casas
llegar hasta la plaza, detenerme ante un banco,

uno de esos oscuros bancos de madera,
y miré el almacén con huellas en el piso
donde tanto aserrín y tanta agua habían sido
barridos,
la banderita del cuartel que me inspiraba algo
yo no sé qué, un deseo confuso de evadirme
entre juguetes sonoros y brillantes
en largos campamentos desfilando
caras al viento, un solo cornetín,
y todos agazapados contra el pasto esperando,
y miré el cine con los afiches de papel
el amplio hall de entrada y las cortinas rojas
que entreabrían para mí todo el emocionante
misterio de la vida.

Me detuve ante esto tratando de escuchar
el pensamiento que cruzó mi cabeza aquella
tarde
adentro del silencio de mi cuarto
cuando estaba en la cama y murmuraba
soñando alguna cosa,
esperando tal vez, cuando subía a la azotea
en verano
ese cuadrado gris que me gustaba tanto
entre la cuerda de tender la ropa y la pared
de enfrente,
yo me paraba sobre mordidas baldositas verdes
y junto al pretil quizás buscaba un refugio
donde aprender algo concreto de mi cuerpo,
aquel vasto silencio inexplorado
aquel mundo desconocido y suave y fuerte,
esperando quizás, pero no puedo, es difícil
saberlo,

entonces me digo terminando de pronto,
deteniéndome:
“es inútil, ya los años pasaron definitivamente
entre yo y ese mundo”.

El aire aquel

Ahora de nuevo el aire comenzado,
el aire triste de ayer
sube de nuevo
como una nube rancia, adormecida,
solitaria y tenaz que despertara
desde lejos, de años,
tantos años,
sonriendo desde atrás como diciendo:
ahí llego,
voy llegando, apareciendo,
voy subiendo, bajando,
voy entrando,
como un sueño olvidado
que llegara de pronto, floreciera,
en medio de la luz de la mañana,
murmurando palabras todas juntas,
llorando aniquilado destrozado arrepentido. No.

Diciendo que no,
que no podría rehacer,
volver de nuevo con los ojos de antes
no podría,

aquellos ojos puros tenerlos
pero ay, es tan lindo mirar,
tener el aire, tenerlo de una vez,
saber que existe
y ya basta.

La calle Maldonado

El cielo de la tarde era tan puro
quizás no fuera tarde todavía
más bien una mañana luminosa
el almacén, el muro, la ventana,
todo reía en fin por la vereda,
los árboles se abrían en ramas opulentas
yo lo recuerdo bien,
entre las rejas,
mirando la carpeta con flores en la mesa
cuando la voz de Gardel salía por la radio
Soledad retumbando,
había algo de sueño en el ambiente,
de esperanza de miedo de mañana,
aquel zaguán con las baldosas blancas y negras
y el llamador de bronce con la mano
desconocida mano se posaba
al elevarse Guitarra guitarra mía
un milenio de vida por delante
para escuchar pase señor,
los Tit-Bits en mi cuarto
aquel rincón de luz y los Billiken,

será ese olor de diarios viejos
que me gusta,
de hojas cayéndose,
humedecidas hojas de Mansilla,
será el invierno el viento las palabras,
el comedor con todos a la mesa
un reloj lento distinto de los otros
marca las doce y media
cuando llega mamá con la sopera
qué alivio es verse así allá a lo lejos
tomando la cuchara
y qué nostalgia sí, y qué nostalgia
incurable, recóndita, perdida.

II

Vuelvo a verte mi calle, mi calle del recuerdo
Hoy caminando no pienso más que en ti.
Entrecierro los ojos para verte
y no sé si estarás después de mí
en ningún lado cierto, calle
de mi recuerdo.
Porque eras un tierno aroma de flor silvestre
llegándome de lejos
a través de pantanos y torrentes y ríos
profundos
y sinuosos valles
y tantas cosas por vivir faltaban
a mis once años breves.
Calle de colchoneros,
con copos gris de lana en las esquinas,
con muchachas que pasaban sonriendo

llevando largas reglas al costado
camino de la escuela industrial
al mediodía
un ruido de tranvías y campanas
qué alegre esa salida de la escuela
calle de panaderos,
y en el invierno,
las mujeres abrigadas con pieles,
rostros de grandes ojos pensativos,
hombres abufandados y paraguas
debajo de los plátanos,
esos viejos pómpones amarillos
suspendidos como borlas de oro,
de luz, espinas de aire.

Quizás no busque más

Quizás no busque más.
Está detrás del hombro,
de la pared,
de este lado del sueño.
Está aquí,
dentro de la corola,
en este olor húmedo y sombrío,
¿Por qué no inclinas la cabeza?
huele,
la magia de las voces se abalanza,
sube del tallo hasta la flor,
la recóndita rosa
llena de oscuros pétalos
absorbe la mirada,
el ojo fugaz que se detiene,
la mano que acaricia,
ese néctar, el rocío
apenas toca la luz,
la lágrima que rueda,
viene de la matriz
esa forma arrollada,

el zumbido de insecto
que la ronda,
la acalorada hora del verano,
esta oración diciendo
hasta el principio,
palabra por palabra deletreando,
paso a paso muy lento, la memoria,
la amarillenta luz abriéndose camino,
como un minero avanza
por el túnel,
quizás no busque más.

Está en la lluvia,
en el sonoro gotear sobre los vidrios,
de pronto,
en algunas palabras,
el puente nunca visto,
claraboya,
todo de piedra vieja-verde-musgo
caminando sobre él de cara al cielo,
un cielo azul flamante,
único,
felicísimo.



OTROS POEMAS

sueño que vuelo, que voy volando lejos por el
que llego no sé donde, que caminando voy ^{aire,}
y al borde del camino me detengo, ^{por carreteras}
sueño que canto en medio de la fiesta
entre risas y así para la nada, quizá para un
yo le pido el sombrero en reverencia ^{mendigo}
su pequeño instrumento de andrajoso
y voy pasando con él entre la gente
como un ángel radiante entre los lobos.

Muchachas

Las jóvenes muy jóvenes,
las muchachitas claras de cutis tersos,
las frágiles criaturas tan tiernas
apenas con un nombre
de Susana, de Esther, de Margarita,
con ojos atontados vislumbrando el mundo,
la pena, el ancho río del dolor,
estáticas, tranquilas, maravillosamente bellas
se inclinan y saludan,
hablan apenas, entrecierran los ojos,
sueñan mientras se peinan
mirándose al espejo
su largo cabello rubio
deslizándose el peine cosquilleando en sus sienes.

Es verano esa tarde,
cómo miras, cómo miras cuando estás sola
en la ventana peinándote, cómo sueñas,
más allá hay una luz, una alegría,
una incierta y vivaz revelación de tu delirio,
cómo quema el calor que persigue tu cara
que acaricia tus labios,

La visita

—Quédate— me dirías,
porque es tan tarde ya
de noche, por la calle
nadie te reconocería
pegada a las paredes
como una sombra
cruzando puentes
debajo de faroles
cae una lluvia fina
que penetra la ropa
está todo tan gris
y solitario
el reloj de la iglesia
brilla como una luna
allá en lo alto
y marca alguna hora
de esas perdidas horas
que no se cuentan,
—quédate— y tu voz sería grave,
dulce como las uvas
y yo me tentaría

porque es un rincón tibio
y hay sillones
este calor de hogar
en las paredes
y sobre los muebles
hay fotografías
de seres queridos,
ceniceros
y flores
yo me quedaría,
este gran ventanal
con la cortina
y tu tricota azul
tienes un cuadro antiguo
tan hermoso
no lo vendas,
por favor no lo vendas,
si me pierdo mirando
esas lanzas doradas
que refulgen al sol
si me olvido de irme
no puedo levantarme
debe ser ese cuadro
no sonrías
es demasiado triste
te diría que no,
que no puedo quedarme,
de ninguna manera
no puedo.

Ciudad

Descendiendo en la tarde como un trompo,
desde el confín de la rambla al barrio sur,
amenazándome a golpes la nostalgia
como un duende pesado salido de otro mundo,
empujando mis pasos, diciéndome,
llorando siempre una alegría perdida y
terminada,
hasta que me separaba del intruso en un soplo,
sólo con el deseo y ayudándome el ómnibus,
ese olor penetrante de gas que hace olvidar
de todo,
de pie en la plataforma con un gordo al costado,
avanzando muy lento en el pasillo
como quien avanza por el purgatorio,
sentándome al final lujosamente
del lado de la ventanilla por un rato,
serían cinco minutos, qué importancia,
porque lo que yo quería era caminar por la
calle,
andando en remolino como una hoja salida
del otoño,

girando entre carteles de humo
y papeles de viento en las esquinas,
pasando de largo las vidrieras amarillas de
lucos,
tocadiscos cocinas y heladeras, un ascensor
subiendo
el catastrófico edificio rojo, levantando los
ojos,
escuchando los acordes de qué? yo lo
conozco, sí,
era cuando de niña jugaba en la vereda,
o luego alguna vez estuve en esa esquina de
Ejido y Cerro Largo
mirando los balcones, salir a la sirvienta
llevando una botella,
desde adentro la música venía como un sueño
ligero
atravesando puentes de escarcha y nebulosas,
apresuradamente algo en mi corazón
se estrujaba
intentando tararear la canción
que se llamaba...
no tenía un nombre retumbante, era apenas,
pero más vale ni decirlo siquiera
porque a veces
va saliendo la gente del cine y me detengo
a ver las caras, no dicen mucho, simplemente
unos tosen
y buscan las pastillas para poner debajo
de la lengua,
el diario de la noche, un cigarrillo,
de pie hasta el restaurante son unas cuabras,
verdaderamente casi nunca llegaba adonde

un sábado de noche hay tanta gente ^{me proponía,}
yo me quedo en el centro.

La muerte

Ahora que hay una atmósfera de sueño
flotando en el camino,
y una palpitación latiendo apenas en el aire
sin tocar la nube, el cielo profundo,
hermoso, que queda más allá,
sin tocarlo. O subiendo de tono esta
palpitación de aquí
del barrio bajo de entrecasa monótona,
cayendo en gotas lentas sobre el techo
como redondas horas taciturnas que mueren
al nacer
y también un poco feliz por el solo hecho
de saber que existe,
ahora, ahora, ahora ven, muerte, agonía,
clausura de la vida,
por qué no loca lujuria loca, soledad,
bendición, espanto mismo.
Tú eres el destino de todo lo que vive,
el pensativo germen que dormita aguardando
la hora, la llamada
que vendrá a despertarte, anquilosado

miembro a sacudirte
de este letargo de hoy.
Eres la incertidumbre del mañana,
ese presentimiento oscuro de la sangre,
el asalto feroz en plena noche de un miedo
sin sentido,
el dolor de escuchar ese tañido de campanas
que caen
boca abajo, desde un cielo rosado
y tembloroso
en plena primavera saber que alguien
ha muerto.
Eres el nudo mismo del misterio,
la soledad al fin con gravidez de plomo
qué más decir si no sé lo que eres,
en este barrio bajo, en este rincón tibio
y oloroso
del mundo, estás como sonriendo,
como si no tuvieras importancia
y te olvidamos todos
en el delirio de vivir un día.

No al amor

No al amor, no a aquel pasado hueco,
no a los años quemados de esperanza
juveniles sonrisas traicioneras en labios
árboles de esplendor que un día serían ^{fenecidos,}
de lodazal y humo,
intento de la nada.

No a la vorágine de la pasión suicida,
a la carne atribulada y única, con los brazos
no al misterioso sino, al halo melancólico, ^{en cruz,}
al pensante, oloroso frenesí del mañana.

Ahora es este subir de telarañas
entrecruzado brillo, infecto nombre
buscando voy una palabra, apenas,
en espiral el pensamiento,
desarrollando suavemente el hilo
entre el áspero margen de una cita
y el alivio fugaz de una sonrisa
mientras silba amenazante el viento
como una fiera sangrante y taciturna

de dolor transida.

¡Cuántos años durmiendo en el silencio
de una capa de polvo envejecida!

¡Cuánto sopor y lágrimas vertidas
de un suburbio lejano!
amarillento cerco que separa el ansiado vivir
de esta maraña entumecida.

No habrá tiempo jamás, nunca habrá tiempo.

El fin

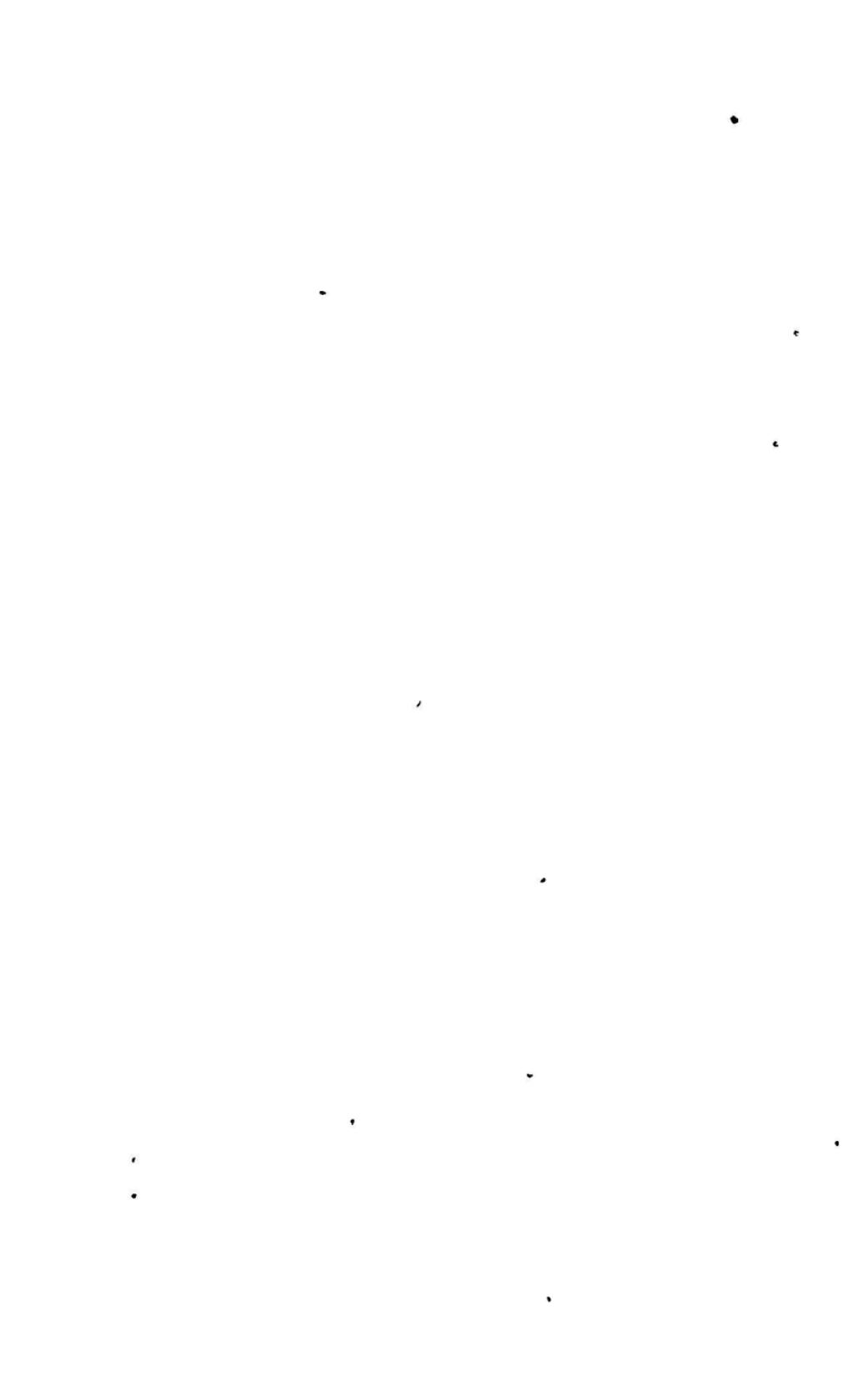
Para esto soñando entre dos luces
mirando atentamente con los ojos abiertos
incorporándome en el alba.

Para esto venir y acostumbrarme
decir que sí y volver a la mañana
atreverme otra vez como si fuera
entusiasmarme así no tener miedo
caminar y subir abalanzarme,

Para esto.

Para que todo pase un día
y se diluya para siempre
se termine para siempre en el fango.

Desaparecido corazón
entregado del todo a la muerte
desaparecido desaparecido corazón
¿dónde te buscaré entonces?
infortunado amigo mío
prendido en el recuerdo
arrastrándote por el camino
como una codiciada presa
llevándote conmigo incrustado en mi carne.
Para que todo termine
y desaparezca y se hunda
y se aniquile para siempre.



• Orden del libro

DESDE ANTES DE LA INFANCIA

El tiempo de los héroes	5
A la búsqueda del ayer	9
Por el camino del pasado	12
Antes de	15
Llega el cartero	17
Infancia	20
El aire aquél	23
La calle Maldonado	25
Quizás no busque más	28

OTROS POEMAS

Mientras	32
Muchachas	34
La visita	36
Ciudad	38
La muerte	41
No al amor	43
El fin	45

El presente volumen constituye la entrega N° 13 de Aquí, poesía, publicación bimestral dirigida por Ruben Yacovski. Croquis tipográfico y carátula de Sarandy Cabrera. Impreso en forma cooperativa en los Talleres Gráficos de la Comunidad del Sur, calle Canelones 1484, Montevideo, en el mes de abril de 1964.

María Amelia D. de Guerra nació en Montevideo, en 1924. Obtuvo el 2º premio en el concurso de Cuentos del diario **El País** en 1962, por su cuento **Un domingo**. Publicó algunos poemas en el semanario **Marcha** y en la revista **Aquí, Poesía**.

